

Quizás

Por: Janeth Ariana Orellana Padilla

Con la tristeza en los ojos de un amor que no será, miraba pasar a través de la pequeña ventana de su cuarto, lo poco que quedó del cuerpo de Prudencio Díaz, envuelto en viejas sábanas de tela lo llevaba a la puerta del cementerio, su madre, la única mujer en su vida, arrastrándolo por las calles polvorientas del pueblo, golpeando su lastimado cuerpo con las piedras regadas en el suelo y asurcando la tierra con la pala que llevaba amarada a su cintura. La luz afanosa de medio día acrecentaba el pestilente olor que emanaba de aquel montón de carne inerte que alguna vez fue un hombre.

Había pasado una semana antes de que su cuerpo fuese encontrado tendido boca arriba sobre su cama, mientras las moscas atraídas por la roja sangre que brotaba de la fisura de su cuello, bailaban a su alrededor tocando una canción fúnebre con el zumbido de sus alas. Su madre había viajado a un pueblo vecino a ver a un pariente suyo, sin esperar encontrar a su regreso al único hijo que Dios le dio empapado con la podredumbre de su sangre y las miserias de una noche oscura de alcohol, la mitad de su cuerpo había sido devorado por la traición del instinto animal de su perro. El cuerpo mutilado de Prudencio lo hacía verse aún más indefenso de lo que se lo vio en toda su vida, el brillo en su mirar se difumino con el dolor de un corazón lleno de amor imposible, tan intenso que acabó quemándolo por dentro.

Su madre, después de atravesar las áridas arterias del pueblo, exhalando a su paso el hedor del vilipendio de la muchedumbre que la veía pasar con pasos quebrantados por el cansancio de llevar el peso del desdén de una vida, se dispuso a terminar con el ritual ceremonioso de devolverle a la madre tierra a uno de sus hijos, tomando la pala comenzó a cavar un hoyo afuera del cementerio, la suavidad de la tierra le permitió terminar pronto con la amarga agonía de separarse de su hijo, depositando lentamente el cuerpo de Prudencio en el hoyo de su reposo, echó sobre él montones de tierra hasta cubrirlo por completo. Llorando en silencio por la rabia contenida de no poder darle una cristiana sepultura, se retiró, pensando en las insensateces de aquel pueblo que un día le negó la entrada al cementerio a su hijo, y ahora se mostraba insensible a su dolor.

Prudencio Díaz llegó a la soledad por su condición de alma perdida en medio de aquellos corazones estériles que no conocen la magnificencia del amor en todas sus formas, viviendo en el desconsuelo de saberse despreciado por su forma singular de amar, pasó sus últimos días sumergido en la culpa de un amor prohibido.

Buscando ahogar sus angustias en el alcohol bebió toda la noche triste de aquel marzo, teniendo como única compañera a su sombra. Cada gota de aquel elixir rasgaba su delicada garganta mitigando de alguna manera el dolor de su gastado corazón, perdido en el mundo de ilusiones falsas que le mostraba la bebida, se dirigió a la cocina e indagó en el cajón de los cuchillos hallando el perfecto utensilio liberador de sus penas, sus excelentes formas curvilíneas junto al bondadoso brillo del metal, le mostraron el trágico declive de su existencia, mientras se observaba triste y demacrado como nunca antes en toda su vida.

El cielo se desgarró el mismo instante en que Prudencio Díaz cortó su melancólica existencia degollándose con la precisión de los seres agobiados, la abrupta caída de su cuerpo sobre su cama, significó también la caída del muro de tormentos que enclaustraban su alma, desde aquel septiembre de primavera funesta que decidió mostrar al pueblo entero su preferencia para amar. Llevando un vestido negro, caminó al centro de la plaza principal con la delicadeza de una gacela, a pesar de los delgados tacones de sus zapatos plateados, su rostro se hallaba cubierto por una máscara de maquillaje que escondían aquellas facciones masculinas que tanto odiaba. El desprecio en las miradas acusadoras de la gente no se hizo esperar, todos aquellos que una vez lo llamaron “Amigo” se burlaban con bromas dolorosas capaces de rasgar el alma más insensible de la tierra. Desde entonces el curso de su vida se vio alterado.

Tres días después de aquel suceso, el congreso de ancianos con el desesperado fin de reprender su actitud sediciosa, dictaminó:

“El comportamiento del señor Prudencio Díaz es deshonroso para nuestra comunidad por lo que desde este momento pierde el derecho de asistir a cualquier acto público, y se le niega como miembro de la misma, por lo que sus restos al momento de su muerte no podrán descansar en el cementerio de este honroso pueblo”.

Al día siguiente del mal llamado entierro de Prudencio Díaz, en la soledad de su cuarto los fantasmas del remordimiento atormentaban sin descanso a Laureano Camacho, sentado en una vieja silla de madera pensaba sobre su actitud cobarde, inhalando fuertemente introducía aire húmedo a sus pulmones buscando llenar el vacío en su interior, sosteniendo su cabeza con ambas manos reclinó su cuerpo en el espaldar de la silla y cerrando sus ojos

por largo rato se sumergió en sus ideas. De pronto abrió los ojos, se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, viendo a las personas que pasaban en ese momento por la calle. Frotó sus manos. Y por un instante miró al cielo.

-¡Malditos!- dijo para sí, con la voz llena de rabia- las personas como Prudencio Díaz son de las pocas que tienen el valor audaz de romper el espejo de una moralidad absurda, en cuyo reflejo solo son dignos aquellos que siguen las tontas reglas de un mundo intolerante, que señala, juzga y aleja a todo aquel que tenga la osadía de negarse a seguir con el sometimiento de su espíritu. Pero esto debe de terminar, ¡basta ya! – repitió con gran determinación.

Poniéndose el saco gris de lana que estaba colgado en el perchero comenzó a buscar en el desorden de su cuarto una vieja maleta de cuero, encontrándola bajo su cama la tomó y salió con ella a la calle rumbo al cementerio. Ante la sorpresa de algunos y la indignación de otros caminó con paso firme sin mirar a nadie.

Parándose frente a la tumba de Prudencio, comenzó a cavar sin detenerse con la determinación que nunca tuvo. Al terminar exhaló satisfecho sintiendo llegar a él una liberación confortante, limpiándose con el brazo las gotas de sudor en su frente, se dispuso a tomar con sus dos manos la ensangrentada sábana en la que se hallaba envuelto el cadáver de Prudencio, comenzó a tirar de ella para sacarlo del hoyo con la fuerza de saberse en lo correcto. Luego, abriendo su vieja maleta metió en ella el cuerpo de Prudencio Díaz, se detuvo por un momento antes de cerrarla.

- Prudencio, perdón por mi silencio- dijo con la voz entrecortada, mientras de sus ojos caían lágrimas de arrepentimiento.

Laureano Camacho había callado por más de dos años su relación amorosa con Prudencio Díaz. El secreto amor entre ambos nació como el caliente fuego de la pasión de la naturaleza, incontrolable e intenso, huracán de pasiones cabrías que envolvía sus corazones con el manto de la locura del amor.

El cobarde silencio de su amor llevó a Prudencio Díaz a la muerte en un giro desesperado de liberación. Pues la idea de saberse atado al sigilo de Laureano fue superior a sus fuerzas, sintiéndose la vergüenza en la vida del hombre que amaba prefirió dejar que existir.

Cerrando bien la maleta, comenzó a caminar con ella dejando atrás el pueblo de su desdicha, en busca de un lugar en el que quizás la tolerancia y el respeto no sean solo una simple ilusión.

Quizás existe ese lugar, quizás no esté lejos, quizás algún día el mundo entienda, quizás solo queda esperar, quizás, quizás, quizás.....